

## CUARTA PARTE.

## CULTO.



## LIBRO PRIMERO.

IGLESIAS, ORNAMENTOS, CANTICOS, ORACIONES, SOLEMNIDADES, &amp;c.



## CAPITULO PRIMERO.

## DE LAS CAMPANAS.

Naturalmente nos ruede á conducir *Atala* al culto cristiano, del que acabamos de ver algunas ceremonias en el desierto. Esta materia, tan florida á lo menos como la de las tres primeras partes, forma el complemento de toda la obra.

Dirigiéndonos, pues, hacia el templo, hablaremos primero de la campana que nos convoca á él.

Nos parece cosa maravillosa haber encontrado el medio de excitar á un mismo tiempo, con solo una campana ó un martillazo, un sentimiento igual en multitud de corazones diversos, y haber precisado á los vientos y á las nubes á cargarse de los pensamientos de los hombres. Si en la campana consideramos solamente la armonía, sin duda tiene una belleza de primer orden, una belleza que los artistas caracterizan con el nombre de *grandes*. El ruido del rayo es sublime por su grandezca; y lo mismo el de los vientos, mares, volcanes, desparadores de los rios y el de la voz de todo un pueblo.

Cuando Pitágoras aplicaba el oido á los martillazos de un herrero, ¡con qué satisfacción hubiera escuchado el ruido de nuestras campanas la víspera de una solemnidad en la Iglesia! El alma puede enternecerse con las consonancias de

la de aquel obrero que grita en el silencio de la noche; y el mismo efecto produce el ruido de las campanas en el alma. Este es el secreto de su poder. En medio del silencio de la noche, cuando todos los sentidos están dormidos, el ruido de las campanas penetra en el alma como un rayo, y se levanta en el alma una especie de entusiasmo que le eleva á lo sublime.

una lira; pero no se llenará de entusiasmo como cuando el rayo de los combates la despierta, ó cuando un estrepitoso campaneó proclama en la región de las nubes los triunfos del Dios de las batallas.

Sin embargo, no es este el carácter mas notable del sonido de las campanas, pues tiene con nosotros mil relaciones secretas. ¿Cuántas voces, en el silencio de la noche, los finébreos toques de una agonía, semejantes á las lentas pulsaciones de un corazón moribundo, han sorprendido á una esposa adúltera que las escuchaba! ¡Cuántas veces llegaron hasta el ateo, que en su vigilia impía osaba tal vez escribir contra la existencia de Dios! Escápasele la pluma de la mano y oye con espanto el clamoreo de muerte, que parece decir: *Por ventura ¿no hay Dios?* ¡Ah! ¡qué susto ruidos semejantes han llenado de horror el sueño de nuestros tiranos! ¡Admirable religión, que con solo el golpe de un mágico metal puede traer en tormentos los placeres, conmutar al ateo y hacer caer el puñal de las manos del asesino!

Aun se hallan sentimientos mas dulces en el ruido de las campanas. Cuando en el tiempo de

la siega, al rayar el alba, se oyen con el canto de la alondra los toquecillos de las campanas de nuestras aldeas, nos parece que el ángel de las mieses, para desportar á los trabajadores, se mezcla en los tonos de algún instrumento de los hebreos en la historia de Sefura ó de Noemí. Tanto esta campana agitada por las fantasmas en la antigua capilla de la selva, como la que para alegrar la tempestad mueve en nuestros campos un religioso temor, y la que por la noche se toca en algunos puertos de mar para dirigir al piloto por medio de los escollos, no tienen en sus confusos ruidos sus encantos, su orden y sus maravillas? El repique armónico y las ruidosas voces de las campanas en medio de nuestras fiestas, parece que aumentan la alegría y el regocijo público; así como, por el contrario, en las grandes calamidades se hace terrible su ruido. Todavía se critican los cobellos con la memoria de aquellos días de incendio y de muerte, en que la campana vibraba los líquidos chorros de los alarmas. ¿Quién de nosotros ha olvidado aquellos alaridos, aquellas penetrantes y agudos gritos, interrumpidos tal vez por el estrepido de algunos fuellos, por algunas lamentables y solitarias voces, y sobre todo, por las sordas undulaciones de la campana de alarma, ó el reloj que daba tranquilamente la hora que acababa de pasar?

En una sociedad bien reglada el ruido de alarmas, excitando pensamientos de socorro, mueve el alma á piedad y terror, y hace correr de esta manera las dos fuentes de las grandes sensaciones trágicas.

Estos son con corta diferencia los sentimientos que producen los toques de las campanas de nuestros templos: sentimientos tanto mas bellos, en cuanto llevan siempre consigo un recuerdo del cielo. Si las campanas se hubieran destinadas á cumplir otro monumento que á las iglesias, habrían perdido su simpatía moral con nuestros corazones. Dios mismo es el que manda al ángel de las victorias *vollar las campanas* para que publiquen nuestros triunfos, ó al ángel de la muerte para que toque á la partida del alma que acaba de remontarse á su trono. De esta manera comunica una sociedad cristiana con la Divinidad por una multitud de caminos secretos, y sus instituciones van á confundirse misteriosamente con la fuente de todo misterio.

Dejemos, pues, que las campanas junten á los fieles, porque la voz del hombre no es bastante para convocar al pie de los altares el arrebatamiento, la inocencia y la desgracia. Entre los salvajes de la América, cuando se presentaban á la puerta una cabra los que iban á pedir, era el ruido de la estaca quien introducía á estos desgraciados en el hogar de su padre; era conveniente, si se nos prohibiesen las cam-

panas, elegir un niño para que nos llamara á la casa del Señor.

## CAPITULO II.

DE LA VESTIDURA DE LOS SACERDOTES Y DE LOS ORNAMENTOS DE LA IGLESIA.

Se exclama continuamente contra las instituciones de la antigüedad, sin querer reflexionar que el culto de los cristianos es la única reliquia que de ella ha legado hasta nosotros. En la Iglesia todo recuerda aquellas remotas edades, cuyas márgenes, aunque abandonadas mucho tiempo habé por los hombres, son todavía objeto de sus pensamientos. Si se fija la consideración en el sacerdote cristiano, de repente somos trasportados á la patria de los Numas, de los Liurgeros ó de los Zoroastros. La *tiara* no representa el modo errante por las ruinas de Suza y Eblatana; el *alba*, cuyo nombre latino significa el rayar del día y la blancura virginal, ofrece dulces consuelos con las ideas religiosas; y los ornamentos de nuestros altares producen siempre un majestuoso recuerdo ó una agradable armonía.

Y qué, el altar cristiano, hecho al modo de un sepulcro antiguo, y la imagen oriental del sol vivo encerrado en nuestros tabernáculos, tendrán algo que hiera la vista ni ofenda nuestro gusto? Nuestros calceos buscaron sus nombres entre las plantas y el lirio les prestó su forma; graciosa concordancia entre el Cordero y las flores.

Así como la señal mas directa de la fe es la cruz, así también ha sido el objeto mas ridiculo para algunos. Los romanos, igualmente que los nuevos enemigos del cristianismo, se burlaron de ella; pero Tertuliano les mostró que ellos mismos usaban de esta señal en sus faces de armas. La postura que la cruz hizo tomar al Hijo del hombre es sublime: el cuerpo pendiente y la calcaza inclinada hacen un contraste divino con los brazos extendidos hacia el cielo. Pero ¿qué mas? La naturaleza, menos delicada que los incrédulos, ha grabado la cruz en muchas de sus obras, hallándose una familia entera de flores que pertenecen á esta forma, y distinguiéndose por la inclinación á la soledad; y la mano misma del Omnipotente ha colocado tambien el estandarte de nuestra salvación entre los astros.

La urna que en nuestros templos contiene los perfumes, imita la forma de una navicella y exhala olorosos vapores de entre unas llamas que fluctúan en un vaso suspendido de largas cadomas. Por una parte se ven los candeleros de bronce dorado, obra de un Cafferi ó de un Vasé, ó imagen de los candeleros místicos del Rey. Estas virtudes cardinales, sentadas por otra, sostienen el fasciél triangular. Las liras adornan sus lados; coronale un globo terrestre, y una águila de metal, colocada encima de aquellas bellas alegorías, parece que lleva sobre sus alas

1 En el tiempo de la revolución de Francia.

abiertas nuestras oraciones hacia los cielos. Ofrecense á la vista por todas partes púlpitos ligeramente colgados, vasos cubiertos de llamas, balcones y balaustradas de mármol, blandones altos, sillitas de coro fabricadas por los escultores Charpenier y Dugoulon, piés para las lámparas torreadas por los Ballins, custodias de plata sobredorada diseñadas por Bertrand y Cotte. Algunas veces sirven los despojos de los templos de los dioses falsos para adornar el templo del Dios verdadero; las ruinas del agua bendita de San Salpicio, son dos urnas sepulcrales traídas de Alcajandria; las bandejas, las patenas, las aguas lustradas, recuerdan á cada paso los sacrificios antiguos, mezclándose siempre, pero sin confundirse, las memorias de la Grecia y de Israel.

En fin, las lámparas y las flores que adornan nuestras iglesias perpetúan la memoria de aquellos tiempos de persecucion en que los fieles se congregaban en los sepulcros para orar. Como que se ven estos primeros cristianos encendiendo clandestinamente sus hachas bajo las bóvedas fúnebres, y las doncellas llevando flores para adornar el altar de las catacumbas: un pastor, tan lleno de indigencia como de buenas obras, consagraba estos dones al Señor. Este era el verdadero reyno de Jesucristo, Dios de los pequeños y de los miserables, cuyo altar es tan pobre como sus mismos siervos; mas si los *edificios eran de madera, los sacerdotes eran de oro*, en expresion de san Benito; pues jamás se han visto tantas virtudes entre los cristianos como en aquellas edades en que para bendecir al Dios de la luz y de la vida, era menester ocultarse en las sombras de la noche y de la muerte.

### CAPITULO III.

#### DE LOS CÁNTICOS Y DE LAS ORACIONES.

Se reprueba en el culto católico el uso de una lengua desconocida del pueblo, como si se le predicara en latín ó no estuviese traducido el oficio divino en todos los libros de la Iglesia. Por otra parte, si la religion hubiera sido tan inconstante como los hombres, mudando de idioma con ellos, ¿cómo habíamos de haber conocido nosotros las obras de la antigüedad? Tal es la inconsecuencia de nuestra condition, que reprimimos aquellas mismas costumbres á que debemos parte de nuestras ciencias y placeres.

Mas no considerando la práctica de la Iglesia romana sino bajo sus inmediatas relaciones, no comprendemos por qué la lengua de Virgilio, que se ha conservado en nuestro culto (ni tampoco en algunos tiempos y lugares de *de Homero*), pueda ser tan desagradable. Yo creo que una lengua antigua y misteriosa que no se muda con los siglos, convenia muy bien al culto del Ser eterno, incomprendible é inmutable; además de que obligándonos el conocimiento de nuestros males á

dirigir humildes ruegos al Rey de los reyes, y no es natural que se le hable en el mas hermoso idioma de la tierra, en aquel mismo en que postradas las naciones hacian sus humildes supplicas á los Césares?

Aun hay otra cosa mas notable: las oraciones en lengua latina parece que aumentan el sentimiento religioso de la multitud de los fieles, sin duda por un efecto natural de nuestra inclinacion á lo secreto. El hombre en el tumulto de sus pasiones y en el fondo de las misérias de su vida, al pronunciar palabras poco familiares y aun desconocidas, le parece que pide todo lo que le falta y lo que ignora; lo indeterminado de su oracion es lo que le agrada, y su alma inquieta, que apenas sabe lo que desea, gusta de formar votos tan misteriosos como sus necesidades.

Réstanos examinar lo que se llama la *barbarie* de los cánticos sagrados.

Es opinion generalmente seguida que los hebreos exceden á los demás pueblos de la antigüedad en el género lírico; y así aquella Iglesia que canta todos los dias los salmos y las lecciones de los profetas, es la primera que tiene un fondo precioso de cánticos. No comprendemos ciertamente qué puedan tener de *ridicúlez* ni de *barbarie* los siguientes:

“No esperemos ya, alma mia, en las promesas del mundo, etc.”

“Despierte la tierra á los acentos de mi voz, etc.”

“He visto mis tristes dias

“Declinar hacia su ocaso, etc.”

En los Evangelios y Epístolas de los apóstoles encuentra la Iglesia otro manantial para sus cantos. Racine creyendo como Malherbe y Rousseau que estas *prosas* eran dignas de todos los esfuerzos de su musa, procuró imitarlas. San Crisóstomo, san Gregorio, san Ambrosio, santo Tomás de Aquino, Goffin y Santucci hicieron aparecer otra vez la lira griega y latina sobre las tumbas de Alceo y de Horacio. Vigilante la religion en las alabanzas del Señor, mezcla sus conciertos por la mañana con los de la aurora.

*Splendor paterna gloria, etc.*

Do luz fuente incalible, Verbo santo,  
Do el Eterno contempla su belleza,  
Y astro de quien Rebo  
Tan solo es sombra llena de viles;  
Sagrado día, de quien toma el manto  
De claridad el día,  
Levántate, adóralle sol, etc.

1 Malh. lib. I, oda 8.

2 Rouss. lib. I, oda 3 y 10.

3 Véase el cántico sacado de san Pablo.

Al ponerse el sol, canta tambien la Iglesia:

*Celi Deus sanctissimus.*

Gran Dios, que haces que brille tu glorioso Trono sobre la bóveda estrellada,  
Y dibujas el centro espacioso  
De el cielo de una viva  
Blancura á la púrpura mezclada.

No le falta Racinosura á esta música de Israel en la lira de Racine, pues mas que un sonido *real*, parece oirse aquella vez *interior* y *melodiosa* que, como dice Platon, despierta á la mañana á los amantes de la virtud, *cantando con toda su fuerza en el fondo de sus corazones.*

Pero sin recurrir á estos himnos, las oraciones mas comunes de la Iglesia son admirables, no impidiéndonos sentir toda su belleza sino el hábito mismo de repetir las desde nuestra infancia. Por todas partes resonarian las aclamaciones si se encontrase en Platon ó en Séneca una profesion de fe tan sencilla, tan pura, tan clara como esta:

“Creo en un solo Dios todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles.”

La oracion dominical es obra del mismo Dios, que conocia todas nuestras necesidades: medítelas bien todas las palabras:

“Padre nuestro que estás en los cielos;”

Reconocimiento de un Dios único.

“Sanctificado sea el tu nombre;”

Culto debido á la Divinidad: vanidad de las cosas humanas: Dios solo merece ser santificado.

“Venge á nos el tu reino;”

Imortalidad del alma.

“Hagase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo;”

Expresion sublime, que comprende todos los atributos de la Divinidad; resignacion santa, que abraza todo el órden físico y moral del universo.

“El pan nuestro de cada día dánoslo hoy;”

¡Oh qué uncion y qué fondo de filosofía! La única necesidad real del hombre es un poco de pan: necesitamos solamente para hoy (*hodie*), porque existirá acaso el día de mañana?

“Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdónamos á nuestros deudores;”

He aquí la moral y la caridad en dos palabras.

“No nos dejes caer en la tentacion; mas líbranos de mal;”

He aquí el corazón humano todo entero; he aquí el hombre y toda su fragilidad. Que no pida fuerzas para vencer; no pida sino para no ser tentado, ni pida dejar de sufrir. Solo quien hizo la naturaleza humana, pudo conocerla tan bien.

No hablaremos de la salutación angélica, llena

1 Véase la nota 96 al fin de la obra.

verdaderamente de gracia, ni de aquella confesion que hace el cristiano cada día á los piés del Eterno. Jamás equivaldrán las leyes á la moralidad de semejante costumbre. Considérese bien el freno que es para el hombre esta confesion humilde que renueva día y noche. *Paquí de pensamiento, palabra y obra.* Disgustos habia recomendado á sus discípulos una confesion semejante; pero estaba reservado al cristianismo verificar estos sueños morales de los sabios de Roma y de Atenas.

En efecto, el cristianismo parece, al mismo tiempo que una especie de secta filosófica, una legislación antigua. De aquella vienen las abstinencias, los ayunos y las vigiliat: no solo se encuentran vestigios de esto en las antiguas repúblicas, sino que lo vemos practicado por las sabias escuelas de la India, del Egipto y de la Grecia; de manera que cuanto mas se examina el fondo de la cuestion, es tanto mayor el convencimiento de que los mas de los insultos que se hacen al culto cristiano van de rechazo contra la antigüedad. Pero volvamos á las oraciones.

Los actos de fe, esperanza, caridad y contricion, disponian asimismo el corazón á la virtud: las oraciones de diversas ceremonias cristianas, relativas á objetos civiles ó religiosos, ó aun á simples accidentes de la vida, ofrecian congruencias perfectas, pensamientos elevados, grandes recuerdos, y un estilo igualmente sencillo que magnífico. En la misa nupcial leia el sacerdote la epístola de San Pablo: *Hermanos míos, estén las mujeres sujetas á sus maridos como al Señor; y en el Evangelio: “En aquel tiempo se llegaron los fariseos á Jesús para tentarle, y le dijeron: ¿Puede el hombre dejar su mujer?... Y les respondió: Está escrito que abandonará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer.”*

En la bendicion nupcial, después de haber repetido el celebrante las palabras que el mismo Dios pronunció sobre Adán y Eva: *Crescite et multiplicamini*, añadió:.....

“¡Oh Dios único, os supplicamos, los espíritus de estos esposos, y derramad sobre sus corazones una verdadera amistad. Mirad con ojos propicios á vuestra sierva..... Haec que su yugo sea un yugo de amor y de paz: que siendo casta y fiel, siga siempre el ejemplo de las mujeres santas: que se haga amable á su marido como Raquel: que sea prudente como Rebeca: que goce de larga vida, y sea fiel como Sara.... que logre una dichosa fecundidad: que guarde una vida pura é irreprochable, para que llegue al descenso de los santos y al reino del cielo. Haec, Señor, que sean entrambos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y que lleguen á una venturosa vejez.”

Quando solta la parida á misa, se cantaba el salmo *Nisi Dominus*: “Si el Eterno no edifica

"La casa, en vano trabajan los que la edifican."

Al principio de la eucaristía, en la ceremonia de la *comunicación* ó del anuncio de la cólera divina, se pronunciaban estas maldiciones del Deuteronomio:

"Maldito el que ha menospreciado á su padre y á su madre.

"Maldito el que aparta al ciego del camino, etc."

En la visita á los enfermos, decía el sacerdote al entrar: *Paz en esta casa y en los que la habitan*; y después á la cabecera del enfermo:

"Padre de misericordia, conserva y mantén á este enfermo en el cuerpo de tu Iglesia, como uno de sus miembros. Atiende á su contrición, recibe sus lágrimas, alivia sus dolores."

Después leía el salmo *In te, Domine*: "En ti he esperado, Señor; líbrame por tu justicia."

¡Cuanto más divinas se presentan todavía estas oraciones, al acordarse que los que iba á visitar de este modo el sacerdote, eran casi siempre unos miserables postrados sobre unas tristes pajas!

Todos conocen las excelentes oraciones de los agonizantes. En primer lugar se lee la oración *Profructibus*: *Sal, alma cristiana, de este mundo*; después esta letra de la pasión: *En aquel tiempo nació Jesús hacia el monte Olivete*, etc.; luego el salmo *Miserere mihi*; en seguida esta lección del Apocalipsis: *En aquellos días vi muertos, grandes y pequeños, que comparecieron ante el trono*, etc.; y en fin, la famosa visión de *Isaías*: *La mano del Señor estuvo sobre mí, y habíéndome conducido fuera por el espíritu del Señor, me dejó en un campo que todo estaba cubierto de huesos. Entonces el Señor me dijo: Profetiza al espíritu; hijo del hombre, al espíritu. Venid por los cuatro vientos, soplad sobre aquellos muertos para que revivan*, etc.

También había oraciones señaladas para los incendios, para las pestes, para las guerras. No olvidaré yo, mientras viviere, haber oído leer, durante el inminente riesgo de un naufragio en que me hallé, el salmo *Confitemini Domino*: "Confesad al Señor, porque es bueno..."

"El lo manda, y levantándose el viento tempestuoso, se tumultúan las olas. Entonces los marineros claman al Señor en su conflicto, y los libra del peligro."

"Deshecho la tormenta, y la munda en calma, y las olas del mar se apaciguan."

Hacia el tiempo de Pascua, sale el Jeremías con todas sus lamentaciones de entre el pueblo de Sion para llorar al Hijo del Hombre. La Iglesia tomaba lo más hermoso y melancólico que hay en los Santos Padres y en el antiguo y nuevo Testamento, para componer los cánticos de esta semana, consagrada al mayor y más doloroso de todos los misterios. Hasta las *letanías* tenían suspiros y exclamaciones admirables, como manifiestan estos versículos de las *letanías de la Providencia*:

"Providencia de Dios, consuelo del alma peregrina.

"Providencia de Dios, esperanza del pensador desamparado.

"Providencia de Dios, calma de las tempestades.

"Providencia de Dios, reposo del corazón, etc.

"Tened piedad de nosotros."

En fin, nuestros antiguos cánticos de los gongos, y aun los villancicos de la Navidad de nuestros abuelos, tenían también su mérito: en ellos se percibía la sencillez y como el verdor de la fe. Y si no, ¿por qué en nuestras misiones del campo nos enternecíamos cuando los labradores venían á cantar los juveses al Sacramento?

"Adoremus todos ¡oh misterio inefable!

"Un Dios encubierto, etc...."

Era sin duda porque había en estas voces campesinas un acento irresistible de verdad y de convencimiento. Los villancicos que pintaban las escenas rústicas, tenían en boca de la aldeana un estilo lleno de gracia: cuando con el ruido del huso acompañaba su canto, y sus hijos apoyados sobre sus rodillas escuchaban con grande atención la historia del niño Jesús y de su pesetere, en vano se hubieran buscado tonos más dulces ni religión más conveniente á una madre.

#### CAPITULO IV.

DE LAS SOLEMNIDADES DE LA IGLESIA.—DEL DOMINGO.

Ya hemos dado á conocer la belleza del sétimo día, que corresponde al del descanso del Criador; cuya duración de tiempo fué conocida de la mas remota antigüedad. Poco importa saber ahora si esto era una tradición oscura de la creación, transmitida al género humano por los hijos de Noé, ó si la inventaron los pastores por la observación de los planetas; pero lo cierto es que es la mas perfecta de que se sirrió jamás legislador alguno. Prescindiendo de sus justificaciones con la fuerza de los hombres y de los animales, tiene aquellas armonías geométricas que procuraron establecer siempre los antiguos entre las leyes particulares y generales del universo: ella da seis días para el trabajo, y el séis, por medio de dos sencillas multiplicaciones, produce los trescientos sesenta días del año antiguo, y los trescientos sesenta grados de la circunferencia. Y podía muy bien encontrarse magnificencia y filosofía en esta ley religiosa, que divide al círculo de nuestros trabajos de la misma manera que el que corren los astros en su revolución; como si el hombre no tuviese otra término de sus fatigas que la consumación de los siglos, ni menores espacios que llenar con sus dolores, que todos los tiempos.

1 Primera parte, lib. II, cap. 1.

El cálculo decimal puede convenir á un pueblo mercantil; pero nada tiene de bello ni cómodo para las demás relaciones de la vida, ni para las emociones celestes. La naturaleza raras veces le emplea violenta, digámoslo así, al año y al curso del sol; y la ley de la gravedad ó gravitación, única ley acaso del universo, se verifica por el *cuadrado* y no por el *quintuplo* de las distancias. Tampoco concuerda con el nacimiento ni con el crecimiento y vegetación de las especies; porque casi todas las hembras llevan el número de tres, nueve y doce, que corresponden al cálculo seximal.<sup>1</sup>

Sin embargo, se sabe por experiencia que el quinto es un día muy inmediato, y el décimo demasiado distante para el descanso; y el Terror, que lo ha allanado todo en Francia, jamás ha podido precisar al aldeano á observar la década, porque hay una impotencia absoluta en las fuerzas humanas, y aun también en las de los animales, según se ha notado. El buey no puede trabajar nueve días seguidos; al cabo del sexto parece que pide con sus mugidos las horas señaladas por el Criador para el reposo general de la naturaleza.<sup>2</sup>

El domingo reunía en sí dos grandes ventajas, porque era a un mismo tiempo día de placer y de religión. Es sin duda necesario que el hombre descanse de sus trabajos; pero como la ley civil no puede extenderse á las horas de su descanso, excusarle también en este tiempo de la ley religiosa, sería librarle de todo freno, volverle á sumergir en el estado de la naturaleza, y soltar repentinamente una especie de salvaje en medio de la sociedad. Para evitar, pues, este peligro, hicieron también los antiguos del día de *descanso* un día *religioso*, cuyo ejemplo había consagrado el cristianismo.

No obstante, este día de la bendición de la tierra, día del descanso de Jochoval, dió en rostro á los genios de una Convención que había hecho *atrazar con la muerte, porque era digna de tal sociedad*.<sup>3</sup> Después de seis mil años de un consentimiento universal, después de sesenta siglos de *Homages*, levantando la cabeza la subiduría de Danton, osó tener por mala la obra que el Eterno había tenido por buena. Creyó la Convención que volviéndose á sumergir en el caos, podría sustituir la tradición de sus ruinas y sus tinieblas á la de la creación de la luz y del orden del universo; quiso separar al pueblo francés de los demás pueblos, y hacer una casta enemiga del género humano, como los judíos: un día décimo, que solo se distinguía por la memoria de Robespierre, vino á reemplazar aquel antiguo sábado, unido á la memoria de la cuna del mundo.

<sup>1</sup> Véase á Buffon.

<sup>2</sup> Los aldeanos declan: Nuestros bueyes conocen el domingo y no quieren trabajar en este día.

<sup>3</sup> Sap. cap. I, v. 16.

do; aquel día santificado por la religion de nuestros padres, guardado por cien millones de cristianos en la superficie del globo, celebrado por los santos, por la milicia celestial, y por decirlo así, por el mismo Dios en todos los siglos de la eternidad.

#### CAPITULO V.

EXPLICACION DE LA MISA.

Hay un argumento tan sencillo y tan natural en favor de las ceremonias de la misa, que es extraño se les haya escapado a los católicos en sus disputas con los protestantes. ¿Qué es lo que constituye el culto en cualquiera religion? ¿No es el *sacrificio*? Sin duda. La religion que no le tiene, carece de culto propiamente dicho. Esta es una verdad incontestable, porque en todas las naciones de la tierra han nacido las ceremonias religiosas del sacrificio, y no este de aquellas; donde es imposible inferir que solo el pueblo cristiano, que tiene un culto real, es el que conserva una inmolation.

Confesado este principio, acaso se querrá impugnar la forma; mas si toda la objeción se reduce á estos términos, no es difícil probar que la misa es de los mas bello, el más misterioso y el más divino de todos los sacrificios.

Una tradición escarpada por toda la tierra nos enseña que la criatura se hizo en tiempos pasados culpable contra el Criador. De aquí es que todas las naciones han procurado apagar al cielo; todos creyeron que era necesaria una víctima y se lo llegaron a persuadir de tal manera, que empezaron por la inmolation del hombre mismo; habiendo sido el salvaje el que recurrió desde luego á este terrible sacrificio, como que era por su naturaleza el más inmediato á la santidad original que podía la muerte del hombre.

A las víctimas humanas se substituyó después la sangre de los animales; pero en las grandes calamidades aun se volvía á la primitiva costumbre. Los oráculos pedían a los hijos mismos de los reyes: la hija de Jepté, Isaac, Ligonia, fueron reclamadas por el cielo irritado: Curcio y Odro se sacrificaron por Roma y Atenas.

El sacrificio humano debió abolirse el primero, porque pertenecía al estado natural en que el hombre es casi todo *físico*. Mucho tiempo se continuó derramando la sangre de los animales; mas cuando la sociedad empezó á envejecer, cuando el hombre llegó a reflexionar sobre si mismo y sobre el orden de las cosas divinas, cedió de ver la insuficiencia del sacrificio material, y comprendió que la sangre de los machos y de los becerros no podía rescatar á un ser inteligente y capaz de virtud. Buscó, pues, una *Hostia* más digna de la naturaleza humana. Ya enseñaban los filósofos que los dioses no se movían por las hécumbas; y que solo aceptaban

la ofrenda de un corazón humillado; Jesucristo confirmó estas nociones vagas de la razón. El Cordero místico, sacrificado por la salud universal, reemplazó al primogénito de las ovejas; y á la inmolación del hombre físico se sustituyó para siempre la inmolación de las pasiones ó el sacrificio del hombre moral.

Cuanto mas se sondea el cristianismo, mas se advierte que no es otra cosa que la ilustración de la razón natural y el resultado necesario de la vejez de la sociedad. ¿Quién podría sufrir hoy la sangre inofensiva de los animales al rededor de un altar, y creer que el despojo de un buey hacia propicio al cielo á nuestras oraciones? Lo que si se concibe con facilidad, es que una víctima espiritual, ofrecida cada día por los pecados de los hombres, puede ser grata á los ojos del Señor.

Sin embargo, para la conservación del culto exterior, habia necesidad de un signo sensible, símbolo de la víctima moral. Jesucristo, antes de dejar la tierra, nos reveló á la prosería de nuestros sentidos, que no pueden carecer de objeto material: instituyó la Eucaristía, en la cual, bajo las especies visibles de pan y vino, ocultó la ofrenda invisible de su sangre y de nuestros corazones. Esta es la explicación del sacrificio cristiano; explicación que no ofende al buen sentido ni á la filosofía; y si el lector quiere meditarla un poco, acaso le descubrirá algunos nuevos conocimientos sobre los abismos santos de nuestros misterios.

## CAPITULO VI.

### CEREMONIAS Y ORACIONES DE LA MISA.

Solo nos resta ya justificar los ritos del sacrificio. Supongamos, pues, que la misa fuera una ceremonia antigua, cuya descripción y oraciones se hallasen en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas; ¿enjuentá haríamos admirar el siguiente diálogo con que se da principio al sacrificio cristiano?

V. *Me acercaré al altar de Dios.*

R. *De Dios que alegra mi corazón.*

V. *Envia tu luz y tu verdad; ellas me condujeron á tu monte santo y á los tabernáculos.*

R. *Me acercaré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud.*

V. *Cantaré con el arpa las alabanzas del Señor; pero, alma mía, ¿por qué estás triste y por qué me turbas?*

R. *Espera en Dios, etc.*

Este diálogo es un verdadero poema lírico entre el sacerdote y el catecúmeno: el primero, lleno de días y de experiencia, llora la miseria del hom-

bre por quien va á ofrecer el sacrificio; y el segundo, lleno de esperanza y de juventud, canta la víctima por la cual ha de ser rescatado.

Segue el Confiteor, oración admirable por su moralidad. El sacerdote implora la misericordia del Omnipotente para sí y para el pueblo.

El diálogo prosigue de este modo:

V. *¡Señor, escuchad mi oración!*

R. *Y mis clamores lleguen á vos.*

Sube entonces el sacrificador al altar, se inclina, besa con respeto el ara sagrada que en tiempos antiguos contenia los huesos de los mártires. Recuerdo de las catacumbas.

Penétrase el sacerdote en este momento de un fuego divino: entona, como los profetas de Israel, el cántico que cantaron los ángeles sobre el pesebre del Salvador, y del cual oyó Ezequiel una parte dentro de la nube.

“Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra, á los hombres de buena voluntad! “Te adoramos, te bendicimos, te alabamos, rey del cielo, en tu gloria inmensa, etc.”

Al cántico se sigue la epístola. El amigo del Redentor del mundo, Juan, hace oír sus palabras llenas de dulzura; ó el sublime Pablo, insultando á la muerte, descubre los misterios del Ser Supremo. Después va á leer el Evangelio, y antes se detiene el sacerdote, y suplica á Dios que purifique sus labios con el carbon de fuego, como purificó los de Isaias. Resucitan entonces las palabras de Jesucristo en la cristiana asamblea: unas veces son el juicio sobre la mujer adúltera; otras, el samaritano vertiendo el bálsamo sobre las llagas del caminante; y otras, los parvulos bendecidos por su inocencia.

¿Qué pueden hacer el sacerdote y los fieles después de haber oído semejantes palabras? Declarar sin duda que erren firmemente la existencia de un Dios que dejó tales ejemplos al mundo. En efecto, á continuación se cuenta en triunfo el símbolo de la fe. La filosofía, que se precia de aplaudir las cosas grandes, debería haber advertido que esta es la primera vez que todo un pueblo ha profesado públicamente el dogma de la unidad de Dios: *Credo in unum Deum.*

El sacrificador prepara después la hostia inmaculada, por sí, por los vivos y por los difuntos; y después ofrece el cáliz diciendo: “Señor, te ofrecemos el cáliz de nuestra salud.” Bendice el pan y el vino, y dice: *Venid, Dios eterno, bendicid este sacrificio.*” Se lava las manos.

*Lavaré mis manos entre los inocentes.... ¡Oh Señor! no permitas que acabe mis días entre los sanguinarios.*”

Memoria de las persecuciones. Preparado todo, se vuelve el celebrante al pueblo y dice:

“Orad, hermanos míos.”

El pueblo responde:

“Receba el Señor este sacrificio de tus manos.” Guarda el sacerdote silencio por un momento, y después anunciando de repente la eternidad, *Por omnia secula seculorum*, exclama:

“*Levanta vuestros corazones.*”

Y responden infinitas voces:

“*Habemus ad Dominum: Los elevamos hácia el Señor.*”

Cántase el prefacio sobre el antiguo recitado de la tragedia griega, convidando á las dominaciones, á las potestades, á las virtudes, á los ángeles y á los serafines á que desciendan con la gran víctima y á que repitan con el coro de los fieles el triplicado *Sanctus* y el *Hosanna* eterno. Héjase en fin el momento terrible. Acaba de abrirse el cánon en que está grabada la ley eterna; hécese la consagración con las mismas palabras de Jesucristo, y el sacerdote inclinándose profundamente, dice: “Señor, séase agradable la hostia santa con los dones del justo Abel como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y como el de vuestro sueno sacerdote Melquisedech; os suplicamos mandéis que sean benditos estos dones á vuestro sublime altar por manos de vuestro ángel en presencia de vuestra majestad divina.”

Al decir estas palabras, se completa el misterio, y desciende el Cordero á ser inmolado.

¡Oh momento solenne! aqueste pueblo estrado, este templo á quien el musgo Tiene todos los pórricos cubiertos, Sus viejos muros y su luz sombría, Los cristales al gófcio remeda, La lámpara de cobre construida, Que símbolo del sol y de lo eterno Era en la antigüedad, y noche y día Ahora aquí colocada está luciendo Ante el supremo Ser:

La majestad tambien de Dios excelso, Que ha bajado á habitar entre nosotros: Las Lágrimas, los votos, los incienso, Que suben del altar á lo mas alto, Y las boldades jóvenes, que el tierno Aparato y la pompa majestuosa De nuestra religion, bajo el aspecto Maternal, con sus voces inocentes Mas y mas dulcifican el silencio:

Aqueste plañoso, Este callado órgano, del cielo La union invisible y de la tierra, Todo inflama, engrandee, y mueve el pecho Del hombre, que es sensible, y lo parace Que ha llegado á ganar en un momento Aquel inaccesible mundo, donde Á los pies del Jehovah Supremo Cantan los inmortales serafines Sobres doradas arpas mil perpetuos Himnos de alabanzas. Entones cuando de Dios los ecos Se dejan percibir, se oculta al sabio

Y se hace patente al pecho tierno; El debe mas sentirse que probarse.”

## CAPITULO VII.

### LA FIESTA DEL SEÑOR Ó DEL CORPUS.

No son las fiestas cristianas lo mismo que las ceremonias del paganismo; no se lleva en ellas un buey-dios, un macho cabrio sagrado en triunfo; ni hay obligación, so pena de ser despedazado, de adorar un gato, un cocodrilo, ó cordero de embriaguez por las calles, cometiendo todo género de abominaciones por Venus, Flora ó Baco; antes, por el contrario, en nuestras solemnidades todo es esencialmente moral. Si la Iglesia ha desterrado de ellas las danzas, es únicamente porque sabe las pasiones que encuentro este placer bajo un inocente apariación. El Dios de los cristianos no pide mas que los deseos del corazón y los movimientos tranquilos de una alma que ordena el apacible concilio de las virtudes. ¿Qué solemnidad pagana podrá oponerse á la fiesta en que celebra la Iglesia el nombre del Señor?

En el momento mismo que anuncia la aurora la festividad del Rey del mundo, se cubren las casas de colgaduras de seda y lana, se siembran las calles de flores y los gozosos clamores de las campanas llaman al templo á la innumerable multitud de los fieles. Hécese la señal, se conmueve todo y empieza á desfilar la pompa religiosa.

En primer lugar se presentan los cuerpos que componen la sociedad de los pueblos. Conducen sobre sus hombros las imágenes de los protectores de sus tribus, y algunas veces las reliquias de aquellos hombres que nacidos en la infima clase, han merecido por sus virtudes ser venerados de los reyes; lección sublime que solo la religion cristiana ha dado al mundo.

Después de estas turbas populares, se ve enarbolado el estandarte de Jesucristo, no ya como una insignia de dolor, sino como una señal de alegría. Á pasos lentos se adelanta en dos filas un largo séquito de aquellos esposos de la soledad, de aquellos hijos del yermo, cuya antigua vestidura renueva la memoria de otras costumbres y siglos. Viene el clero secular después de estos solitarios, cuya religiosa caduca es tal vez prolongada de prelados revestidos con la púrpura romana. Aparece solo, en fin, el pontífice de la fiesta en el remoto extremo. Lleva en sus manos la

1 *El día de los difuntos*, por Mr. de Fontanes. La Harpe ha dicho que estos veinte versos son de los mas hermosos de la lengua francesa; y nosotros añadimos que ellos pintan con la mayor exactitud el sacrificio cristiano

2 Sin embargo, están en uso en algunos países, como es en la América meridional, porque reina ahi una grande inocencia entre los salvajes cristianos.

3 Véase la nota 38 al fin de la obra.

radiante Eucaristía, que se deja ver bajo un palió al fin de la majestuosa pompa, á la manera que algunas veces se descubre el sol bajo una resplandeciente nube dorada á la extremidad de una avenida iluminada por sus rayos.

Entre las filas de la procesion van tambien tropas de jóvenes: los unos presentan canastillos de flores, los otros vasos de perfumes. A la señal repetida del maestro de ceremonias, se vuelven estas almas puras hacia la mano del Sol eterno y hacen volar las rosas deshojadas por donde ha de pasar. Vestidos los levitas con casaca y casaca delante del Altísimo los incensarios. Elvándose entonces los ruidos de las campanas y el estruendo de los cánticos anuncia que el Omnipotente ha salido del umbral de su templo. Las voces y los instrumentos callan por intervalos, y este silencio, tan majestuoso como el de los *grandes mares* en un día de calma, reina en esta multitud devota, sin oírse otra cosa mas que sus graves y mesurados pasos que resuenan en las calles.

Mas á donde va este Dios formidable cuya majestad así proclaman las potestades de la tierra? A reposar bajo las tiendas y arcos de follajes que le presentan, como en el día de la antigua alianza, templos inocentes y retiros campestres. Los humilidades de corazón, los pobres, los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los niños le siguen. Así camina entre la simplicidad y la grandeza, y se muestra á los hombres como aquel hermoso mío que ha escogido para su fiesta entre la estación de las flores y la del terror de los rayos.

Las ventanas y los muros de la ciudad están coronados de habitantes cuyos corazones se dilatan en esta fiesta del Dios de la patria: el recién nacido extiende sus brazos al Jesús de la montaña, y el viejo, inclinado hacia el sepulcro, se siente repentinamente libre de sus temores: una esperanza secreta de la vida le colma de alegría á la vista del Dios vivo.

Todas estas solemnidades del cristianismo están coordinadas de un modo admirable con las grandes escenas de la naturaleza. La fiesta del Creador viene en el momento en que la tierra y el cielo declaran todo su poder, en que los bosques y los campos hierven en las generaciones nuevas: todo está unido con los vientos mas dulces; no hay una sola planta ruda en las campiñas.

Por el contrario, la desnudez de las plantas anuncia la fiesta de los difuntos el hombre, que cae como las hojas de los árboles.

En la primavera, desplega la Iglesia en nuestras ideas otra pompa muy agradable. La fiesta del Señor contiene mas el esplendor de las cortes, y las rogativas á la sencillez de los lugares. El hombre rústico siente con alegría abrirse su alma á las benignas influencias de la religion, y sus terrones á los rocíos del cielo. ¡Dichoso el

que lleve mieses útiles y cuyo humilde corazón se incline con el peso de sus propias virtudes, como la caña con el del grano de que está cargada!

## CAPITULO VIII.

### DE LAS ROGATIVAS.

Así que oyen las campanas de la aldea, abandonan los rústicos su trabajo. El viñator descendiendo de la colina, el labrador corre por el camino, el leñador sale del monte: las maderas corran de sus cabañas llegan con sus hijos, y las doncellas dejan los husos, los ganados y las fuentes para venir á celebrar la pomposa fiesta.

Se juntan en el cementerio de la parroquia sobre los sepulcros de sus abuelos cubiertos de verdor. Viene al instante del lugar vecino todo el clero destinado á la ceremonia, que por la regular se reduce á un anciano pastor, conocido respetablemente por el nombre de *cura*; nombre respetable y digno de veneracion, en el que ha venido á confundirse el suyo propio, y que mas que el ministro del templo indica el padre laborioso del rebaño. Sale, pues, de su habitacion, construida junto á la morada de los difuntos cuyas cenizas custodia, y en donde está constituido como una guardia avanzada á las fronteras de la vida para recibir á todos los que entran y salen de este reino de dolores. Un pozo, unos álamos, una parra al redor de su ventana y algunas palomas, componen toda la herencia de este rey de los sacrificios.

Este apóstol del Evangelio, vestido con la sobrepelliz sencilla, junta sus ovejas delante de la puerta de la iglesia y las hace un discurso, bellísimo sin duda alguna á lo juzgamos por las lágrimas de los circunstantes. Se le oye repetir frecuentemente: *Hijos míos, mis amados hijos*, y este es todo el secreto de la elocuencia del Cristianismo campestre.

Después de la exhortacion empieza la asamblea á desfilir cantando: *Vosotros saldréis con placer y seréis recibidos con alegría; saltarán los árboles y os oirán con gozo.* El estandarte de los santos, antigua bandera de los tiempos calderosos, abre el camino al rebaño, que le sigue en tropel con su pastor. Se entran en caminos sencillos y profundamente cortados por las ruedas de los carros rústicos: saltan las altas barreras formadas con solo un tronco de encina: caminan á lo largo de una hilera de espinos donde muestra la abeja y silban los malvices y los mirlos. Todos los árboles, en defecto de hojas, muestran sus flores la esperanza de sus frutos, la naturaleza, en fin, es toda un ramillete. Los bosques, los valles, los rios, las rocas oyen alternativamente los himnos de los labradores. Admirados de estos cánticos, los húspedes de los campos salen

de los nuevos sembrados y se paran á alguna distancia á ver pasar la pompa aldeana.

Vuelve, en fin, á entrar la procesion en la aldea y cada uno á su trabajo, pues no ha querido la religion que el día en que se piden á Dios los bienes de la tierra lo fuese tambien de ociosidad. ¡Con qué esperanzas tan lisonjeras entran la reja en los surcos después de haber implorado al que dirige los astros y guarda en sus *tesoros los vientos del mediódia* y las templadas lluvias! Para acabar bien un día tan santamente comenzado, los ancianos de la feligresia vienen al anohecer á conversar con el cura, que toma su cena bajo los álamos de su patio. La luna esparce las últimas armonías sobre esta fiesta que la Iglesia ha señalado al tiempo de la vuelta del mes mas apacible y del curso del astro mas desayubioso. Como que se oye por todas partes desayubose las semillas en la tierra, nacer y crecer las plantas: se levantan voces desconocidas en el silencio de los bosques como un coro de aquellos ángeles campestres cuyo socorro se ha implorado; y los tiernos suspiros del ruisenor resuenan en los oídos de los ancianos, sentados no lejos de los sepulcros.

## CAPITULO IX.

### DE ALGUNAS FESTIVIDADES CRISTIANAS.

#### LA NAVIDAD, REYES, ETC.

Los que nunca han vuelto sus corazones hacia aquellos tiempos de fe en que un acto de religion era la fiesta de una familia, y los que desprecian las placeras en que solo encuentran sencillez é inocencia, son ciertamente dignos de compasion. Mas privándonos de estos sencillos entretenimientos, ¿podremos esperar que en su lugar nos ofrezcan otros mejores? ¡Ah! ellos mismos lo han experimentado. La Convencion, sí, tuvo sus dias sagrados; pero entonces el hombre se llamaba *santa* y el *Hesana* se habia convertido en el grito horrible de *¡viva la muerte!* ¡Cosa extraña! unos hombres poderosos hablando en nombre de la igualdad y de todas las pasiones, no han podido fundar jamás una fiesta; y el santo mas oscuro que nunca habia predicado sino pobreza, obediencia, renuncia de los bienes de la tierra, tenia su solemnidad en el momento mismo en que su celo exponía la vida! Concluyamos de aqui, que solo aquella fiesta que tenga comecion con la religion, sea substancial y durable. No basta decir á los hombres *rogocios*, para que con efecto se rogocien; porque no se establecen dias de placer como dias de luto, ni es tan fácil mandar reir como hacer llorar.

Mientras que la estatua de Marat reemplazaba la de San Vicente de Paul y mientras que se celebraban todas aquellas pompas cuyos aniversarios están señalados en nuestros fastos como dias de eterno dolor, alguna piadosa familia celebraba

en secreto una devota fiesta cristiana, y la religion mezclaba todavía un poco de alegría entre tanta tristeza. Los corazones sencillos no se acuerdan sin entrecerirse de aquellas horas de desahogo y sociedad en que se juntaban las familias al redor de sus paneles, que traían á la memoria los presentes de los Magos. El ahuelo, retirado todo el año en el rincón de su cuarto, salía en este gran día como la divinidad del hogar paterno. Sus nietos, que después de mucho tiempo no soñaban otra cosa que la esperada fiesta, abrazaban sus rodillas y le rejuvenecían con su juventud. Todos los sentimientos respiraban alegría: todos los corazones se dilataban; la sala del festín estaba maravillosamente adornada; todos estaban vestidos. En medio de los brindis, de la aleganza y del regocijo, se sorteaban aquellas dignidades reales que no costaban suspiros ni lágrimas; pasaban de uno en otro aquellos centros que no pesaban en las manos de los que los empuñaban. Muchas veces un fraude que redoblaban la alegría de los súbditos y solo excitaba las quejas de la reina, hacia caer la suerte á la hija de la casa y al hijo del vecino recién venido del ejército. Los dos jóvenes se sonrojaban, y al mismo tiempo que ellos se hallaban embarazados con su coronas, se sonreían las madres, los padres se hacían señas y el ahuelo bebía á la salud de la nueva soberana.

Presente el cura á la fiesta, recibía aquella primera parte llamada *de los pobres*, para distribuirla con otros socorros. Los juegos del tiempo antiguo, un baile, cuyo primer músico era algun anciano sirviente, prolongaban los placeres nocturnos; y la casa entera, nodrizas, niños, arrendadores, criados y amos, bailaban todos juntos la rueda antigua.

Estas escenas se representaban en toda la cristiandad, desde el soberbio palacio hasta la humilde choza; y no habia labrador que no encontrase medio de llenar en este día los deseos del *Bear-ne*. ¡Qué snecion de dias tan felices! ¡Navidad! En ellos renovaban los arrendadores sus arrendamientos, los trabajadores recibían sus pagos; este era el tiempo de los matrimonios, de los presentes, de las *limosnas*, de las visitas: el cliente venía al juez y el juez al cliente: los cuerpos de artesanos, las cofradías, los cabildos, los juzgados, las universidades, los ayuntamientos se juntaban al uso de los gaulas y de sus ceremonias antiguas: el enfermo y el pobre eran socorridos. La obligacion que habia de recibir á su vecino en esta época, hacia que se estuviese bien con él todo el resto del año, reinando por este medio la paz y la union en la sociedad.

No puede dudarse que estas instituciones ser-

1 Enrique IV exclamaba muchas veces en su exceso de amor á los franceses: *No viviré contento hasta que el último de mis súbditos pueda poner todos los domingos una gallina en su puchero.*—(Nota del editor.)

vian poderosamente á conservar las costumbres, manteniendo la sinceridad y amor entre los parientes. Nosotros estamos ya muy distantes de aquellos tiempos en que una mujer al fallecer el marido buscaba á su hijo mayor, le entregaba las llaves y le daba las cuentas de la casa, como á cabeza de la familia. Perdidos ya aquella alta idea del hombre que nos inspiraba el cristianismo. Las madres y los hijos quieren mas bien obligarse á las condiciones de un contrato, que fiarse á los sentimientos de la naturaleza, habiendo llegado generalmente á naturalizar la ley en lugar de las costumbres.

Estas festividades eran tanto mas agradables cuanto mas antiguas; porque al recrear las edades pasadas, se hablaba con placer que nuestros abuelos se habian regocijado en la misma época que nosotros. Habiéndose, pues, multiplicado bastante estas solemnidades, resultaba que, no obstante los pesares de la vida, habia encontrado la religion el medio de proporcionar de sucesion en sucesion algunos momentos de dicha y de consuelo á millones de desgraciados.

En la noche del nacimiento del Mesías, ofrecian una pompa llena de inocencia y de majestad las candelillas de nubes que adornaban el pescero, la iluminación y adorno de las iglesias llenas de flores, el pueblo que se acercaba á porfia á la cuna de su Dios, los cristianos que en una capilla retirada hacian su paz con el cielo, la alegre *Adelaido*, los sencillos y gozosos cánticos, el ruido del órgano y de las campanas.

Después del último día de locura, muchas veces señalado por nuestros excesos, venia inmediatamente la ceremonia de la ceniza, así como la muerte en seguida de los placeres. "*Oí hom-  
bre decía el sacerdote, acordate que no eres  
mas que polvo y que te has de convertir en pol-  
vo.*" El oficial que estaba junto á los reyes de Persia para recordarles que eran mortales, ó el soldado romano que abatía el orgullo del triunfador, no daban lecciones mas patéticas y terminantes.

Pero no bastaría un tomo entero para pintar individualmente solo las ceremonias de la Semana Santa. Sabido es de cuánta magnificencia son en la capital del mundo cristiano, y así no nos detendremos en describirlas. Dejaremos á los pintores y poetas el cargo de representar dignamente aquel clero enlutado, aquellos altares, aquellos templos cubiertos, aquellas campanas mudas, aquella música sublime, aquellas voces celestes, cantando los dolores de Jeremías, aquella pasión mezclada con los mas incomprendibles misterios, aquel santo sepulcro rodeado de un pueblo prostrado, aquel pontífice lavando los pies de los pobres, aquellas tinieblas, aquellos silencios interrumpidos de ruidos formidables, aquel grito victorioso salido repentinamente del sepulcro, y en fin, aquel Dios triunfante que abre el camino del cielo á las almas rescatadas y que

deja al cristiano virtuoso sobre la tierra inagotables esperanzas con una religion divina.

## CAPITULO X.

### FUNERALES.—POMPA FÚNEBRE DE LOS GRANDES

Si se hace memoria de lo que dijimos en la primera parte de esta obra sobre el último sacramento de los cristianos, se confesará que solo en esta ceremonia hay mas verdaderas bellezas que en todo lo que conocemos del culto de los muertos entre los antiguos. No considerando la religion cristiana en el hombre mas que sus fines divinos, ha multiplicado los honores sobre el hecho y fúnebre, ha variado sus pompas segun la clase y destino de la víctima, y hecho á todos mas dulce por este medio aquel duro, aunque salubridad pensamiento de la muerte, con que ha querido alimentar nuestra alma; así como la palma ablanda primero en su pico el grano que ha de dar á sus hijos.

En efecto, ¿hay que hacer los funerales de algun poderoso de la tierra? pues no temais que le falte grandeza. Cuanto mas desgraciado haya sido el triste objeto del llanto, tanta mayor pompa mostrará al rededor de su tumba, tanto mas elementos serán sus lecciones: ella sola podrá medir la elevación y la caída, y manifestar aquellas cumbres y abismos de donde se precipitan y donde desaparecen los reyes.

Abierta, pues, la urna de los dolores cuando ya está llena de las lágrimas de los monarcas y de las reinas y cuando grandes comizas y raras desgracias han reducido sus duplicadas vanidades á un estrecho atañal, junta la religion los fieles á un estrecho atañal, junta la religion los fieles á un templo. Las bóvedas de la iglesia, los altares, las columnas, los santos se cubren con velos fúnebres. En medio de la nave se levanta un túmulo rodeado de haces encendidas. Celebrase la misa de los funerales al pie de aquel que ni nació ni morirá jamás; entonces todo está en silencio. Un sacerdote de pie en la entrada de la verdad, vestido solo de lino blanco en medio del luto general, la frente calva, palido el rostro, los ojos cerrados, las manos cruzadas al pecho, está recogido en profunda meditación; ábrese de repente sus ojos, despléganse sus manos, y salen de sus labios estas palabras:

"Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, á quien únicamente pertenece la gloria, la majestad y la independencia, es tambien solo el que se glorifica en imponer la ley á los reyes y en se glorificar en imponerla á los reyes y en se glorificar en imponerla á los reyes y en se glorificar en imponerla á los reyes, cuando le place, grandes y terribles lecciones: ora eleva los platos, ora los abata, ó bien comunique su poder á los príncipes, ó bien se lo quite no dejándoles sino su propia debilidad, siempre les enseña sus

deberes de un modo soberano y digno de su incomparable grandeza y sabiduría...."

"Cristianos, á quienes llama á esta triste ceremonia la memoria de una grande reina, hija, esposa, madre de reyes tan poderosos y soberana de tres reinos; este discurso os presentará uno de aquellos tremendos ejemplos que ostentan á la vista del mundo toda su vanidad entera. Veréis en una sola vida todos los extremos de las cosas humanas; la ilimitada felicidad y las miserias; una larga y penosa posesion de una de las coronas mas bellas del universo; lo mas glorioso que pueden presentar el nacimiento y la grandeza acumuladas sobre una cabeza que después está expuesta á todas las injurias de la fortuna; la rebelion comenzada por largo tiempo, y al fin la ligadura; la licencia desenfrenada; abolidas las leyes; violada la majestad con atentados desconocidos hasta entonces; un trono indignamente trastornado.... He aquí las lecciones que da Dios á los reyes."

Memorias de un siglo grande, de una princesa desventurada y de una memorable revolucion, ¡ah, qué sublimes é interesantes os ha hecho la religion, trasmitiéndonos á la posteridad!

## CAPITULO XI.

### FUNERALES DEL GUERRERO, ACOMPAÑAMIENTO FÚNEBRE DE LOS RICOS, COSTUMBRES, ETC.

¿Qué buen gusto se hallaba en aquella noble sencillez de que usaba la religion en los funerales de un guerrero cristiano? Cuando aun habia alguna oroncia, se veia con placer á un capellan en una tienda abierta, al frente de un campo de batalla, celebrar una misa de difuntos en un altar formado de tambores. ¡Qué hermoso espectáculo era ver al Dios de los ejércitos bajar en todo su poder á la voz de un sacerdote sobre las tiendas de un campamento francés, y al mismo tiempo á los ancianos guerreros que habian arrostrado tantas veces la muerte, doblar sus rodillas delante de un féretro, de un altar y de un ministro de paz! A los redobles de los tambores enlutados, á las interrumpidas salvas del cañon, se veía á los granaderos llevar sobre sus hombros el cuerpo de su valiente capitán al sepulcro que ellos mismos le habian abierto con sus bayonetas. Al salir de estos funerales, no se desafiaban á correr por unos tripodes, por unas copas, ni unas pienes de bon con unas de oro como para los sacrificios; pero se buscaban á porfia en medio de los combates, juegos fúnebres y una palestra mas gloriosa; y sin inmolar una beorra negra á los manes del héroe, se derramaba en su honor una sangre tuenos estéril, cual era la de los enemigos de la patria.

¡Habláramos de aquellos entierros hechos en

1 Bossuet, Oraç. fúneb. de la reina de Inglaterra.

nuestras ciudades á la luz de las hachas; de aquellos túmulos, de aquella larga fila de carros colgados de negro, de aquellos caballos adornados con plumas y cubiertas fúnebres, de aquel silencio interrumpido con los versículos del himno de la cólera, *Dies ira?*

La religion llevaba en el acompañamiento fúnebre de los grandes á los pobres huérfanos con el traje del infortunio; por este medio hacia sentir á los niños que no tenían padre lo que era la piedad filial; manifestaba al desaparecido qué escasos son los bienes que se pierden en la tumba, y enseñaba á los ricos que no hay mediacion mas poderosa con Dios que la de la inocencia y adversidad.

En el fallecimiento de los dérigos habia una costumbre particular; se les enterraba con la cara descubierta; al pueblo le parecia leer en el rostro de su pastor el juicio del soberano Juez y observar la alegría del predestinado por entre la sombra de má santa muerte, así como en la oscuridad de una noche serena se descubren las magnificencias del cielo.

El mismo uso se observaba en los conventos. Yo ví una jóven religiosa tendida de este modo en el féretro; su frente se confundia por su palidez con la toca de lino con que estaba medio cubierta; una guirnalda de rosas blancas coronaba su cabeza y una vela ardía entre sus manos. Así es que tampoco se salvan de la muerte las gracias y la paz del corazón, y venimos marchitarnos las azoocenas, sin embargo del candor de su seno y de la tranquilidad de los valles que habitan.

Últimamente, la sencillez de los funerales se reservaba tanto para el labrador como para el defensor de la patria. Cuando segadores precedidos del cura conducian sobre sus espaldas el hombre de los campos al sepulcro de sus padres. Si pasaba el entierro por donde habia algunos labradores, suspendian sus trabajos, y descubriéndose la cabeza honraban con la señal de la cruz al difunto compañero. Así caminaba este cadáver rústico por medio de las mismas garbas que acaso habia sembrado por su misma mano. Veíase á lo lejos moverse, como una adormidera negra sobre los dorados trigos y sobre las flores de púrpura y azul. Unos niños y una viuda hermosa formaban todo el piadoso acompañamiento. Al pasar por delante de la cruz del camino ó el santo de la roca, se descubran un poco; se ponía el féretro sobre una piedra y se invocaba á la santísima Virgen de la ormita, á cuyos pies el difunto labrador habia pedido en tantas ocasiones una dichosa muerte ó una abundante cosecha. ¡Cuántas veces habia puesto allí al medio sus bueyes á la sombra, mientras que rodeado de su familia habia tomado su sencilla comida de leche y pan blanco, sazonada con el canto de las cigarras y moreno, sazonada con el canto de otro modo que entonces descansan allí ahora! Pero á lo menos aque-

llos sarcos no se regarán ya con sus sudores; su seno paternal ha perdido todos sus afanes; y por aquel mismo camino que había ido tantas veces á la iglesia los días festivos, va ahora al sepulcro entre sus virtuosos hijos ó inocentes miseses, tiernos monumentos de su vida.

## CAPITULO XII.

## DE LAS ORACIONES POR LOS DIFUNTOS.

Entre los antiguos se dejaba casi sin honor alguno el cadáver del pobre ó del esclavo; pero entre nosotros tanta obligación tiene el ministro de los altares de atender al humilde ataud del aldeano, como á la soberbia tumba del monarca. El indigente del Evangelio, al exhalar su último aliento, se convierte repentinamente, ¡cosa admirable! en un ser sagrado y augusto. Apenas ha dejado la vida el mendigo que pancha á nuestras puertas, siendo para nosotros un objeto repugnante y despreciable, cuando la religión nos obliga á inclinarnos delante de él. Ella nos llama á una respetable igualdad, ó mas bien nos manda que respetemos á un justo reasegado con la sangre de Jesucristo y que desde una condición oscura y miserable acaba de subir al trono celestial; de este modo el nombre grande del cristiano lo nivela todo en la muerte, sin que el orgullo del mas poderoso potentado pueda lograr de la religión otra oración que aquella misma que ofrece por el último momento de la ciudad.

Pero ¡ah, qué oraciones tan admirables! unas veces son exclamaciones de dolor, otras de esperanza: la muerte se queja, se regocija, tiembla, confía, gime y suplica.

*Ecce spiritus ejus, etc.*

“El día que exhalan su espíritu, vuelven á su tierra original, y todos sus vanos pensamientos perecen.”

*Dilecti juvenutis mee, etc.*

“No os acordéis, Señor, de los delitos de mi juventud, ni de mis ignorancias.”

Los llantos del rey—profeta se interrumpen con los suspiros del santo árabe.

“Cesad, Dios mío, de afligirme, porque mis días no son nada. ¿Quién es el hombre para merecer tus atenciones y para que pongas en él tu corazón?...”

“Si me buscareis por la mañana, ya no subsistiré.”

“La vida me es enojosa; yo me abandono al llanto y al clamor.... Señor, ¡por ventura son tus días como los días de los mortales, ó tus años eternos como los años pasajeros del hombre!”

“Por qué apartas, Señor, de mí vuestro ros-

1 Oficio de difuntos, ps. 154.

2 Ibid., ps. 24.

3 Ibid., primera lección.

4 Ibid., segunda lección.

tro y me tratáis como á enemigo? ¿Deberéis vos mostrar todo vuestro poder contra una hoja que arrebata el viento, y perseguir á una paja seca?”

“El hombre, nacido de la mujer, vive poco tiempo, y es colmado de miserias; luce como la sombra, que nunca permanece en un mismo estado.”

“Mis años corren con rapidez y yo ando por un camino por donde jamás volveré.”

“Pasaron mis días, desvaneciéronse todos mis pensamientos y todas las esperanzas de mi corazón se disiparon.... Yo digo al sepulcro: Tí serás mi padre; y á los gusanos: Vosotros seréis mi madre y mis hermanas.”

De cuando en cuando interrumpe la serie de los cánticos el diálogo del sacerdote y del coro. El sacerdote dice: “Mis días se han desvanecido como el humo, y hanse convertido mis huesos en polvo.”

El coro. “Mis días han declinado como la sombra.”

El sacerdote. “¿Qué es la vida sino un débil vapor?”

El coro. “Mis días han declinado como la sombra.”

El sacerdote. “Los muertos duermen en el polvo.”

El coro. “Ellos resucitarán, los unos para eterna gloria, y los otros para oprobio sempiterno.”

El sacerdote. “Todos resucitarán, mas no todos como eran antes.”

El coro. “Resucitarán.”

A la comunión de la misa, dice el sacerdote: “Dichosos aquellos que muercen en el Señor; descansan desde ahora de sus trabajos, porque sus buenas obras los siguen.”

Al levantar el ataud, se entona el salmo de los dolores, y de las esperanzas. “Señor, yo clamo á vos del fondo del abismo; lleguen mis clamores á vos.”

Cuando llevan el cuerpo á la sepultura, se vuelve á empezar el diálogo: *qui dormiunt: duermite en el polvo, —resucitarán.*

Si es el entierro de un sacerdote, se añade: “Una víctima se ha inmolado con gozo en el tabernáculo del Señor.”

Al meter el cuerpo en el hoyo: “Nosotros volvemos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, el polvo al polvo.”

En fin, al tiempo de echar la tierra sobre el ataud, exclama el sacerdote con las palabras del Apocalipsis: *Oyíse una voz del cielo que decía: ¡Bienaventurados los muertos!*

Mas no son estas grandes oraciones las únicas que ofrece la Iglesia por los difuntos; tiene asimismo coronas de flores para el féretro de los ni-

1 Oficio de difuntos, cuarta lección.

2 Ibid., sétima lección.

ños, y unos velos tan puros como su inocencia; tambien usa de oraciones análogas á la edad y al sexo de la víctima. Cuando cuatro vírgenes, vestidas de lienzo y adornadas de follajes, llevan el cadáver de una compañera suya, en unas casacas colgadas de cortinas blancas, canta el sacerdote sobre las cenizas de esta jóven un himno á la virginidad. Unas veces es el cántico *Arce, maris stella*, lleno de grande viveza, y en que se representa la hora de la muerte como el complemento de la esperanza; y otras, unas imágenes tiernas y poéticas, sacadas de la Escritura: *Passóe como el heno de los campos; por la mañana florecía en todo su gracia, y por la tarde la vimos secarse. ¿No es esta la flor que herida con la reja del arado se marchita; la anapela que inclina su cabeza abatida por la lluvia de una tempestad? PLUVIA CUM FORTE GRAVANTUR.*

Y qué diremos de la oración fúnebre que pronuncia el sacerdote en el fallecimiento de un niño, cuyo féretro le presenta la madre bañada en lágrimas? Entona el himno que los tres niños hebreos cantaban en el horno, y repite la letanía del amanecer del domingo: *Benedicite ad Señor todas sus obras!* La religión bendice á Dios, porque ha coronado al infante por medio de la muerte, y librándole de los pesares de la vida: convida á la naturaleza á que se regocije al rededor de la tumba inocente, y hace resonar, no ya cánticos de dolor, sino voces de júbilo y alegría. Con el mismo espíritu canta el *Laudate, pueri, Dominum*, y la acaba con aquel versículo: *Qui habitare facit sterilem in domo: matrem filiorum latenter.* “El Señor que hace fecunda una casa estéril, y que la madre se regocije en sus hijos!” ¡Oh! ¡qué cántico para los padres afligidos! ¡La Iglesia les muestra al hijo que acaban de perder viviendo en la mansion bienaventurada, y les promete otros hijos en la tierra!”

El último, no contaba la religión con haber puesto este cántico en cada entierro de por sí, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general, en que reúne la memoria de las innumerables habitantes del sepulcro; vasta comunidad de muertos, en que el grande está puesto junto al pequeño; república de perfecta igualdad, en donde no se entra sin quitarse el casco ó la corona, para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro. En este solemne día en que se celebran todos los funerales de toda la familia de Adán, mezcla el alma sus tribulaciones por los antiguos difuntos, con las penas que experimentaba por los amigos nuevamente perdidos. Revivístele el pesar, por medio de esta unión, de cierta belleza sublime, así como un nuevo dolor adquirió el carácter antiguo, cuando el que le expresa ha formado su fincinto en las antiguas tragedias de Homero. Solo la religión era capaz de ensanchar el corazón humano de tal mo-

do que pudiese contener tantos suspiros y afectos como muertos comprende la numerosa multitud que tenía que honrar.

## LIBRO SEGUNDO.

## SEPOLCROS.

## CAPITULO I.

## SEPOLCROS ANTIGUOS.—EL EGIPTO.

Muy tristes serían los últimos obsequios que se hacen á los hombres, si estuvieran despojados de las señales de la religión. La religión nació en los sepulcros, y estos no pueden pasarse sin ella: es cosa admirable que la voz de la esperanza se levante del fondo de la tumba, y que el sacerdote del Dios vivo conduzca á ella la ceniza del hombre; esto viene á ser en cierto modo la inmortalidad que camina al frente de la muerte. Los funerales nos obligan á hablar de los sepulcros que tienen grande lugar en nuestra historia. Y para que mejor apreciemos el culto con que los honran los cristianos, veamos de qué manera subsistieron en los pueblos idolátricos.

Hay un país sobre la tierra, cuya celebridad le viene en parte de sus sepulcros. Atraídos dos veces los franceses por la belleza de las ruinas y de las memorias que excita, han vuelto sus pasos hacia esta región. El pueblo de san Luis está interiormente agitado de cierta majestad que le obliga á mezclarse en todos los ángulos del mundo, en las cosas grandes, como él mismo lo es. Con todo eso, será verdad que unas momias ó cuerpos embalsamados sean objetos tan dignos de nuestra curiosidad? Parece que los antiguos egipcios temieron que llegase algún día á ignorar la posteridad qué cosa era la muerte, y quisieron hacer que á pesar de los tiempos llegasen á ella muestras de los cadáveres.

Ni un solo paso podréis dar en este país sin que encontréis un monumento. ¿Veis por ventura un obelisco? pues es un sepulcro; ¡los trozos de una columna! pues es un sepulcro; ¡un subterráneo! tambien es un sepulcro. Y cuando la luna, levantándose por detrás de la gran pirámide, llega á aparecer sobre la vértice de aquel sepulcro inmenso, os parecerá que veis el fero mismo de la muerte, y que vagáis verdaderamente sobre la orilla donde en tiempos pasados el barquero infernal pasaba todas las sombras.

1 Véase la nota 39 al fin de la obra.

## CAPITULO II.

## LOS GRIEGOS Y ROMANOS.

Entre los griegos y los romanos enterraban ordinariamente á la gente vulgar á la entrada de las ciudades. Los sepulcros están bien colocados en los caminos públicos, porque estos son los verdaderos monumentos del viajero; pero los hombres célebres eran sepultados en las orillas del mar.

Este género de señales fúnebres que anunciaban desde lejos al navegante la costa y el escollo, eran sin duda para él motivo de reflexiones muy serias. El mar debía parecerle un elemento seguro y fiel, á vista de esta tierra en que la tempestad había destruido tan altas fortunas y absorbido vidas tan ilustres. Cerca de la ciudad de Alejandría se descubría el montecillo de arena levantado á los mares del gran Pompeyo por la piedad de un liberto y de un veterano: no lejos de las ruinas de Cartago, se veía sobre una roca la estatua armada consagrada á la memoria de Catón. El museo de Egipto sobre las costas de Italia, señalaba el paraje en que murió desterrado este grande hombre; y el sepulcro de Cicerón indicaba el sitio en que fué atrocemente asesinado el padre de la patria.

Pero en tanto que la fatal Roma levantaba estos testimonios de su injusticia en las costas del mar, la Grecia, para consolar á la humanidad, levantaba los recuerdos mas halagüeños en la orilla misma de las aguas. Los discípulos de Platón y Pitágoras bogaban hacia el Egipto, donde iban á instruirse acerca de los dioses, pasaban por delante de la isla de Ios, á vista del sepulcro de Homero. Era natural que el cantor de Aquiles descansase bajo la protección de Tetis, pudiendo suponerse que la sombra del poeta se congratia en referir á las Nereidas las desgracias de Praya y que disputaba á las sirenas el premio del concierto en las apacibles noches de la Jonia.

## CAPITULO III.

## SEPULCROS MODERNOS.—LA CHINA Y LA TURQUÍA.

Los chinos tienen una costumbre llena de sensibilidad y ternura: entierran á los parientes en sus jardines. ¡Dulce cosa es oír en los bosques la voz de las sombras de sus padres y tener siempre en el desierto algunos recuerdos!

En la otra extremidad del Asia, tienen los turcos casi el mismo uso. El estrecho de los Dardanelos ofrece un espectáculo muy filosófico. Por un lado se levantan los promontorios de la Europa con todas sus ruinas, y por otro las costas del Asia, cubiertas de cementerios de islámicas; ¡Qué costumbres tan diversas hubo en estos parajes! ¡Cuántos pueblos están allí sepultados, des-

de que la lira de Orfeo juntó en ellos los salvajes, hasta los días en que volvieron estas famosas comarcas á la barbarie! Vosotros, pelagos, helenos, griegos, meonios, pueblos de Ius, de Sarpodon, de Eneas, habitantes de Ida, del Tmolus, del Meandro y del Pactolo, súbditos de Mitridates, esclavos de Césares romanos, vándalos, tribus de godos, de lunos, francos y árabes; vosotros exististeis sobre aquellas orillas el culto de los sepulcros, y en esto solo fueron iguales vuestras costumbres. Burlándose la muerte á su arbitrio de las cosas y destinos humanos, ha prestado la tumba de un emperador romano al miserable despojo de un tártaro, y en el sepulcro de un Platón ha puesto las cenizas de un Molah.

## CAPITULO IV.

## LA CALEDONIA, Ó LA ANTIGUA ESCOCIA.

Cuatro piedras cubiertas de musgo entre los montañas de la Caledonia señalan el sepulcro de los guerreros de Fingal. Pasaron Oscar y Malvina, pero nada se ha mudado en su solitaria patria. El montañés de Escocia gusta todavía de repetir las canciones de sus antepasados; es honrado aun, sensible y generoso; sus costumbres modernas son como el agradable recuerdo de sus costumbres antiguas. No es ya la mano del mismo bardo (permítasenos esta figura) la que se oye sobre el arpa, sino aquel leve rumorcillo de las cuerdas producido por el tacto de una sombra, que anunciaba por la noche en una sala desierta la muerte de un héroe.

«Carril acompañaba su voz. Su música, llena de dulzura y de tristeza, se parecía á la memoria de las alegrías pasadas. Las sombras de los bardos muertos la oyeran sobre las faldas de Slinmore. Extendiéronse dóciles silonios de la voz de los bosques, y los valles silenciosos de la noche se regocijaron. Así, en el silencio del mediodía, cuando Ossian está sentado en el valle de sus apacibles brisas, el murmullo de la abeja de la montaña llegaba hasta sus oídos: muchas veces el éfiro á su paso llevaba consigo el sonido ligero; mas renaciendo de nuevo vuelve á sentirle todavía.»

## CAPITULO V.

## OTAITI.

Aquí abajo se parece el hombre al étegey Ossian sentado sobre los sepulcros de los reyes de Morven, que á cualquiera parte que vuelva la mano al rededor, tocan las comizas de sus padres.

Cuando los atrevidos navegantes surcaron la primera vez por el Océano pacífico, solo vieron flutuar plácidas olas bañadas continuamente de

1. *Dronca, Noye.*

brisas aromáticas. Levantáronse luego del seno de la inmensidad islas desconocidas. Los bosquecillos de palmeras mezcladas con grandes árboles que parecían altas helechos, cubrían las costas y bajaban hasta las orillas del mar en forma de enfiteo; las azuladas cumbres de las montañas coronaban majestuosamente aquellas florestas. Las islas rodeadas de un círculo de corales, parecía que balanceaban como bajeles anclados en un puerto, en medio de las mas tranquilas aguas; la ingeniosa antigüedad hubiera creído que Venus había anudado su cintura al rededor de estas nuevas Cítareas, para defenderlas de las tempestades.

En medio de aquellas ignoradas espesuras había colocado la naturaleza un pueblo tan hermoso como el cielo que lo había visto nacer, y tan voluptuoso como los arroyuelos que murmuraban en aquellas soledades. Unos techos de hojas de morera sostenidos con pilares de maderas olorosas; unas canoas con velas tejidas de junco y con banderolas de flores y de plumas, eran suficientes á estos hombres dichosos para habitar la tierra y el mar. Todo su vestido consistía en una tela de corteza de higuera: tenían danzas y asambleas consagradas á los placeres, y no eran desconocidas en aquellas riberas las canciones y dramas amorosos. Todo respiraba allí la mollicie de la vida, un día lleno de calma y una noche silenciosa. Toda la ocupación de los tranquilos salvajes de Otaiti consistía en acostarse cerca de los arroyuelos, imitar á competencia la pereza de sus ondas, y andar vestidos con sombreros y mantos de hojas. Los cuidados que ocupan los bosques, encobraban la febre y el pan pendiente de las ramas de los árboles.

Tal les pareció Otaiti á Willis, Cook y Bougainville; pero cuando se acercaron á sus costas, distinguieron algunos monumentos de las artes que se unían á la de la naturaleza: las postes de Morai se ofrecieron desde luego á su vista. ¡Oh vanidad de los placeres humanos! El primer pabellon que se descubre sobre estas riberas encantadoras, es el de la muerte, que domina todas las felicidades de la tierra.

No pensamos, pues, que en estos lugares donde á la primera ojeada no se encuentra mas que una vida insensata, se ignoren aquellos graves sentimientos necesarios á todos los hombres. Tienen los de Otaiti sus ritos religiosos y ceremonias fúnebres, como los otros pueblos; sobre todo piensan que hay un grande misterio en la muerte. Cuando se lleva algun cadáver á Morai, todos huyen del paraje por donde ha de pasar, y el que dirige la pompa pronuncia entonces en voz baja algunas palabras al oído del difunto.

En llegando al sitio destinado para su reposo, no se mete el cuerpo dentro de la tierra, sino que se pone en una cuna suspendida, y se cubre con una

canoa puesta boca abajo, símbolo del naufragio de la vida. Viene algunas veces á llorar una mujer cerca del Morai, se sienta metiendo los pies dentro del mar, y bajando la cabeza cubre la cara con sus cabellos desmenuados: las olas acompañan el canto de su dolor, y su voz con la de la tumba y la del grande Océano pacífico sube hacia el Omnipotente.

## CAPITULO VI.

## SEPULCROS CRISTIANOS.

Al hablar del sepulcro en nuestra religion, se eleva el tono, se fortifica la voz, y se conoce que él es el verdadero sepulcro del hombre. La tumba del idólatra solo nos habla de lo pasado, la del cristiano de lo venidero. El cristianismo, que ha hecho siempre en todo lo mejor que le ha sido posible, nunca ha tenido aquellos medios aceptos tan frecuentes en los otros cultos: así que con respecto á las sepulturas, despreciando las ideas intermedias que miran á los lugares y circunstancias, se distingue de las demás religiones por una costumbre sublime, colocando la ceniza de los fieles á la sombra de los templos del Señor, y depositando los muertos en el seno del Dios vivo.

No temió Licurgo establecer los sepulcros en medio de Laecedonia, porque pensaba, como hemos pensado nosotros, que la ceniza de los padres, lejos de abreviar los días de los hijos, prolongaba realmente su existencia, y les enseñaba la moderación y la virtud, que conducen á los hombres á una venturosa vejez. Las razones humanas que se han opuesto á estas otras divinas, no las tienen algunos por convincentes. Por ventura, dicen, ¿quieren menos en Francia que en lo demás de la Europa, donde los cementerios están todavía en las poblaciones?

Cuando antiguamente se separaron en Francia los sepulcros de las iglesias, el pueblo, que no es tan prudente como los hombres de entendimiento ilustrado, y que no tiene tampoco los mismos motivos que ellos para temer el fin de su vida, se opuso por todas partes al quebrantamiento de la costumbre antigua. Y en efecto, ¿qué ventajas tenían los nuevos cementerios sobre los antiguos? ¿Dónde estaban sus hierbas, sus caducos tejos, sus céspedes alimentados desde tantos siglos con los bienes del sepulcro? ¿Podían acaso mostrar los huesos sagrados de los abuelos, el templo, la casa del médico espiritual y todo aquel aparato de religion que prometía y aun aseguraba tambien una resurreccion muy próxima? En lugar de estos cementerios frecuentados se nos señaló en un arrabal alguna cerca solitaria abandonada de los vivos y de su memoria, en donde privada la muerte de toda señal de esperanza, parecía que debía de ser eterna.

Créasenlo: cuando se llega á tocar á estas ha-



ses fundamentales del edificio, vienen á dar en tierra los reinos demasiado alterados.<sup>1</sup> Ya que se hubieron contentado con mudar solamente el lugar de las sepulturas, hicieronlo; mas no, después de esta primera golpe, contra las costumbres, desenterrar las cenizas de nuestros padres y sacar sus miserables restos del mismo modo que saca el villano en su carro el lodo y la basura de nuestras ciudades.

Estaba reservado á nuestro siglo el ver lo que miraban los antiguos como la mayor desgracia, que era el último suplicio con que se castigaba á los malhechores, esto es, la dispersion de sus cenizas; y lo que es mas, aplaudida esta accion como la mas acertada de la filosofía. ¡Qué delitos cometieron nuestros abuelos para que así se tratasen sus reliquias, sino el de haber engendrado unos hijos como nosotros? Pero oíd el fin de todo esto, y vereis la atrocidad de la sabiduría humana. En algunas ciudades de Francia se construyeron calabozos subterráneos en el sitio de los cementerios, y se fabricaron las prisiones de los hombres sobre el terreno mismo á donde Dios habia destinado el fin de toda escleridad: se edificaron lugares de dolor para reemplazar las moradas en que debian acabar todas las penas, y por última comparacion (espantosa á la verdad), entre estas prisiones y aquellos cementerios se practicaron los juicios inicos de los hombres en el sitio mismo en que Dios habia pronunciado las sentencias de su inviolable justicia.<sup>2</sup>

1 Los antiguos hubieran creído destruido un Estado si se hubiese violado el asilo de los muertos. Sabidas son las excelentes leyes del Egipto sobre las sepulturas. Los de Sion separaban al violador de los sepulchros de la comunión del templo y lo abandonaban á las furias. Las *Institutas* de Justiniano arreglan hasta los legados, la herencia, la venta y el resaca de un sepulchro, etc.

2 Pasamos en silencio las abominaciones cometidas en los dias de revolucion. No hay animal doméstico que en una nacion extranjera algo civilizada no fuese enterrado con mas desecencia que el cuerpo de un ciudadano francés. Todos saben como se ejecutaban los entierros, y que por una corta cantidad se hacia arrojar á un mullido un padre, una madre ó una esposa. Ann no estaban seguros allí estos sagrados cáñaveros, pues habia hombres que se ocupaban en robar la síbana, el atad ó los cubellos del muerto. Es preciso atribuir todas estas cosas á una permisividad de Dios, por efecto de la primera violacion cometida en el tiempo de la monarquia. Es, pues, de desear se restituyan al fíretro las señales de religion de que ha sido privado, y sobre todo que no se hagan guardar los cementerios por perros. Tal es el exceso de la miseria en que viene á caer el hombre cuando pierde á Dios de vista; pues no osando confiar en el hombre, cuya fe ninguna cosa puede asegurarse, se ve reducido á poner sus cenizas bajo la protección de los irracionales.

## CAPITULO VII.

## CEMENTERIOS DEL CAMPO.

Acaso no tendrían los antiguos sitios mas agradables para sepultura que nuestros cementerios campestres. Los prados, los campos, las aguas, los bosques, formando todo una alegre perspectiva, unían sus imágenes sencillas con los sepulchros de los labradores. Daba gusto ver el grupo tejo que solo vegetaba por su corteza, los manzanos del presbiterio, el vicioso césped, los álamos, los olmos de los muertos, los bojés y las crucécitas de gracia y de consuelo. Elevávanse en medio de estos apacibles monumentos la torre del templo campestre, coronada del rústico emblema de la vigilancia; y no se oia en aquellos sitios otro canto que el de las alondras, y el balido de las ovejas que pacian la yerba del sepulchro de su antiguo pastor.

Las diferentes sendas que atravesaban por la bendecida cerca, iban á parar á la iglesia ó á la casa del cura; todas estaban abiertas y holladas por el polvo y el peregrino, que iban á orar al Dios de los milagros ó á pedir el pan de la limosna al hombre del francho; mas no pasaban sobre estos sepulchros el indiferente ó el crítico.

No se leian allí otros epitafios que *Guillermo ó Pablo nació en tal año y murió en cual, y aun en algunos no habia puesto ningun nombre. Yace olvidado en la muerte el labrador cristiano, como aquellos vegetales útiles entre los que ha vivido: la naturaleza no graba el nombre de las cenizas sobre sus troncos abatidos en las selvas.*

Sin embargo, andando yo un dia por un cementerio campestre, vi un epitafio latino sobre una piedra pequeña, que denotaba el sepulchro de un niño. Sorprendido de esta magnificencia, me acerqué para admirar la erudición del cura de la aldea, y leí estas palabras del Evangelio:

“*Státe parvulos venire ad me.*”

Dejad que los pequeños vengyan á mí.

Los cementerios de la Suiza suelen colocarse algunas veces sobre las rocas dominando los lagos, los precipicios y los valles. La gamma y el águila fijan allí su residencia, y la muerte erce sobre estos sitios escarpados, como aquellas plantas de los Alpes cuya raíz está sumergida bajo de hielos perpetuos. El aldeano de Glaris ó de San Gall, después que fallecia, era trasportado por su pastor á aquellos altos lugares. La pompa fúnebre del entierro era la pompa misma de la naturaleza, y la música los aires buélicos que sobre las cumbres de los Alpes recordan al niño desterrado á su padre, su madre, su hermana y los balidos de los ganados de su montaña.

La Italia presenta al viajante sus catacumbas.

1 Véase la nota 40 al fin de la obra.

ó el humilde sepulchro de un mártir en los jardines de Mecenas y de Lúculo. La Inglaterra tiene vestidos de lana sus muertos, y sus sepulchros sembrados de rosas: en estos cementerios de Albion nuestros ojos enternecidos han encontrado alguna vez un nombre francés entre los epitafios extranjeros. Mas votamos á los sepulchros de la patria.

## CAPITULO VIII.

## SEPULCHROS EN LAS IGLESIAS.

Acordaos por un instante de aquellos antiguos monasterios ó de aquellas catedrales góticas del mismo modo que antes existían. Recordad aquellos lados del coro, aquellas capillas, aquellas navas oscuras, aquellos claustros empedrados de muertos, aquellos santuarios llenos de sepulchros. En ese laberinto de tumbas, ¿cuáles os llaman mas vuestra atencion? ¿Son por ventura aquellos monumentos modernos cargados de figuras alegóricas, que abruman con sus helados mármolos unas cenizas mas heladas que ellas? ¿Vanos simularios, que parecen parir sombras, y del estéril parto del sepulchro en que están soterrados, y del de los corazones mudados que los han erigido! Ann apenas se los mira; mas la vista se detiene en aquel sepulchro cubierto de polvo, sobre que está acostada la figura gótica de algun obispo, rovestido de las ropas pontificales, juntas las manos y cerrados los ojos; detiéñese tambien en aquel monumento en que un clérigo reostado sobre el codo y la cabeza apoyada sobre la mano, parece que piensa en la muerte. El sueño del prelado y la postura del sacerdote tienen ciertamente algo de misterioso: representase el primero profundamente ocupado con lo que ve en los sueños de la tumba; y el segundo como un hombre que va de camino y no quiere acostarse enteramente: ¡tan próximo está el momento en que debe levantarse!

Y ¿quién es aquella gran señora que yace allí junto á su esposo? Uno y otro están vestidos con toda la pompa gótica; un cojin sostiene sus cabezas, tan pesadas al parecer con los sueños de la muerte, que han llegado á doblar la almohada de piedra que tienen; ¡dichosos estos dos esposos si no han tenido que hacerse en el lecho de su fúnebre himeneo algunas penosas confidencias! En el fondo de aquella capilla retirada puedes ver cuatro escuderos de mármol, cubiertos de hierro, armados de todas armas, las manos juntas y puestos de rodillas á los cuatro ángulos del sepulchro. ¿Por ventura, eres tú, Bayardo, que rescatabas á las doncellas para que se casasen con sus amantes? ¿Eres tú, acaso, Beaumanoir, que bebías tu propia sangre en el combate de los Treinta? ¿O es tal vez algun otro caballero el que aquí yace? Parece que estos escuderos, antiguo honor del nombre francés, oran con fervor;

pues á la verdad, por muy valerosos y guerreros que hubiesen sido, no temieron menos á Dios en el fondo de su corazón. Gritando *Montjoye et Saint-Denis*, como que arrancaban la Francia á los ingleses y hacían milagros de valor por la Iglesia, por su dama y por su rey. ¿Acaso no hay nada de maravilloso en aquellos tiempos de los moros, de los Godofredos, de los señores de Coñei y de Joinville: en aquellos tiempos de los rusos, de los sarracenos, de los reinos de Jerusalán y de Chipre? en aquellos tiempos en que el Oriente y el Asia cambiaban de armas y de costumbres con la Europa y el Occidente? en aquellos tiempos, en fin, en que Tibaldo cantaba y se mezclaban los poetas con las armas, las danzas con la religion, y las carreras y torneos con los sitios y las batallas?

Maravillosos eran sin duda aquellos tiempos; pero pasaron ya. La religion habia advertido á los caballeros de esta vanidad de las cosas humanas, cuando después de una larga enumeracion de títulos pomposos, como los de *alto y poderoso señor, miser Ana de Montmorency, condesa de Francia*, etc. añadio: *rogad por su alma, pobres pecadores. He aquí toda la nada.*<sup>1</sup>

En cuanto á los sepulchros subterráneos, se reservaban generalmente para los reyes y religiosos. El alguno quería cebar su espíritu con útiles y serios pensamientos, era preciso que bajase á las bóvedas de los conventos, no menos tranquilos en sus fincheros moradas que lo habían sido sobre la tierra. ¿Sea profundo nuestro sueño bajo esas bóvedas, hombres de paz, que reparatistis vuestra herencia mortal á vuestros horma-

1 Mucho se debe sin duda al animoso artista que con peligro de su vida juntó los despojos de nuestros antiguos sepulchros; pero en cuanto á los céficos de estos monumentos, se conoce demasiado su destruccion. Encerrados en un corto espacio, divididos por siglos, privados de sus armonías con la antigüedad de los templos y del culto cristiano, sirviendo únicamente para la historia del arte y no para la de los costumbres ni religion; no habiendo guardado tampoco sus cenizas, nada alien á la imaginacion ni al corazón. Cuando una hembra abominable pensaron violar el asilo de los muertos y desenterrar sus cenizas para borrar la memoria de la pasada, por horrible que fuese esta idea, podía tener á los ojos de la leura humana cierta depravada grandeza; mas esto era empeñarse en trastornar el mundo, no dejar en Francia piedra sobre piedra, y llegar por entre las ruinas á instituciones desconocidas. Su mercede en estos excesos para quedar en rumbos comunes y mostrar solamente ineptitud y falta de razon, ce poder poseidos de todos los fueros del crimen, careciendo de poder para cometerlo. ¿Qué ha sucedido á esos despojos de cadáveres que han caído en el propio abismo que ellos habían abierto, quedándose la muerte con sus cuecos, como en prenda de los que habían robado.

1 Jonkoon, en su *Tratado de los egipcios*, cita como sublime esta expresion sencilla de la religion.

nos, y como aquel héroe de la Grecia, yendo á la conquista de otro universo, no os reservásteis más que la esperanza!

## CAPITULO IX.

SAINT-DENIS (SAN DIONISIO).

Véanse antiguamente cerca de París las sepulturas más famosas que han hecho los hombres. Los extranjeros iban en gran número á visitar las maravillas de *Saint-Denis*. De allí sacaban una profunda veneración á la Francia, y se volvían diciendo dentro de sí mismos como san Gregorio: *Verdaderamente que esta nación es la mayor entre todas las naciones*. Pero levántese un furioso huracán de la cédera al rededor del edificio de la muerte: estrelláronse contra él las olas de los pueblos, y asombrados los hombres se preguntaban todavía: *¿Cómo ha desaparecido el templo de AMMON bajo las arenas de los desiertos?*

No faltaba majestad al edificio gótico en donde se juntaban estos grandes vasallos de la muerte, porque los tesoros de la Francia estaban á sus puertas: el Sena pasaba por la extremidad de su llanura: varios parajes célebres llenaban á corta distancia todos aquellos sitios de hermosos nombres y todos aquellos campos de agradables memorias: la ciudad de Enrique IV y de Luis el Grande estaba situada en las cercanías; y el panteón real de *Saint-Denis* se hallaba en el centro de nuestro poder y de nuestro hijo, como un vasto tesoro donde se arrojaban los residuos del tiempo y la superabundancia de las grandezas del reino de Francia.

Allí era donde sucesivamente iban á sumergirse los reyes de la Francia. El último que bajaba á aquellos abismos, quedaba en las escaleras del subterráneo, como para convidar á su posteridad que se descendiese. Sin embargo, Luis XIV esperó un vano á sus dos últimos hijos; porque el uno se precipitó al fondo de la bóveda decaída á su padre en el umbral, y el otro desapareció en una tempestad, como Edipo. ¡Osa digna de eterna meditación! el primer monarca que encontraron los enviados de la justicia divina, fué aquel Luis, tan famoso por la obediencia que le rindieron las naciones. Todavía estaba entero en su stand. En vano parecía que se levantaba para defender su trono con la majestad de su siglo y una retaguardia de diez y ocho siglos de reyes: en vano su aspecto amenazador espantó los enemigos de los muertos, cuando precipitado á un fiso común, cayó sobre el seno de María de Médicis; destruyése todo. El señor de la efusión de su cédera, había jurado por sí mismo castigar á la Francia: no busguemos sobre la tierra las causas de semejantes acontecimientos; tienen origen más alto.

En el tiempo de Bossuet, apenas podía depositarse en el panteón de aquellos príncipes aca-

dados el cuerpo de madama Enriqueta: "*¡Vano se han estrechado los sepulcros!* exclama el mas diestruente de los oradores: *¡Cuán prontamente llena la muerte estas plazas!*" A vista de las cédas, cuyas olas murmuran aun en aquellas cavidades, se abaten los espíritus con el peso de los pensamientos que los oprimen. El alma se estremece toda al contemplar tanta nada y tanta grandeza. Cuando por una parte se busca una expresion bastante magnífica para pintar lo que hay allí de mas elevado, se ve por otra que el objeto exige el término mas bajo para expresar lo que hay de mas vil. Aquí se abaten las sombras de las envejecidas bóvedas, para confundirse con las de los antiguos sepulcros; allí unas rejas de hierro rodean inútilmente aquellos féretros, sin poder defender á la muerte de los asaltos de los hombres. ¡Benehad el sordo trabajo del gusano del sepulcro, que parece que lila en todas estas tumbas las indestructibles redes de la muerte! Todo anuncia que se descendió al imperio de las ruinas; y al percibir cierto olor de caducidad espardido por aquellos fúnebres depósitos, parece que se respira el polvo de los tiempos pasados.

Lectores cristianos, perdonad las lágrimas que caen de nuestros ojos cuando vagamos en medio de esta familia de san Luis y de Clovis. ¡Si apartando repentinamente la mortaja que los cubre, se enderezaran aquellos monarcas en sus ataudes, y fijaran en nosotros sus centelleantes ojos á la luz de la lámpara sepulcral!... Si, nosotros vemos como que se incorporan todos aquellos espectros veales; distinguimos su linaje, los reconocemos, y nos atrevemos á preguntar á estas majestades del sepulcro: ¡Pueblo real de fantasmal! decidnos: ¿querrias ahora renunciar á trineque de ceñiros una corona? ¿os estimula aún la posesion del trono?.... Pero ¿de qué proviene ese profundo silencio? ¿por qué habeis enmudecido todos bajo esas bóvedas? Ya ve que vosotros saendis vuestras cabezas reales, de las que cae una nube de polvo que las cubria; que vuestros ojos vuelven á cerrarse y que os celabís otra vez lentamente en vuestros sepulcros

¡Ah! si nosotros hubiéramos preguntado á esos muertos campestres, cuyas cenizas visitáramos poco hace, ellos hubieran abierto suavemente los osepdes de sus sepulturas, y saliendo de la tierra, como unos vapores resplandecientes, nos hubieran respondido: Si Dios lo dispone así, ¿por qué no hemos de pasar aun con resignacion algunos dias en nuestras chozas? Nuestro yngo no era tan pesado como el vuestro, y nuestros mismos andores tenían tambien sus dulzuras; cuando los enjuaba una tierna esposa, ó la religion los bendecía."

Mas ¿adónde nos han llevado las desordenaciones de esos sepulcros borrados ya de la faz de la tierra? Ya no existen aquellas famosas sepulturas. Los huesos de los poderosos monarcas han servido á los muchachos de juguete: *Saint-Denis* es-

tá desierto; sirve solo á las aves de guarida, la yuiba crece en sus altares destronzados, y en lugar del cántico de la muerte que resonaba dentro de sus bóvedas, solamente se oyen las gotas de la lluvia que caen por su roto y descubierta techo, ó el golpe de alguna piedra que se desprende de sus ruinosas paredes, ó el sonido de su reloj, que va corriendo por los sepulcros vacíos y por los diruidos subterráneos.

## LIBRO TERCERO.

IDEA GENERAL DEL CLERO.

## CAPITULO I.

DE JESUCRISTO Y DE SU VIDA.

Cuando el Redentor iba á aparecer ya sobre la tierra, esperaban las naciones un personaje famoso. "Habiase extendido en el Oriente, dice Suetonio, una constante y antigua tradicion, de que se levantaría un hombre de la Judea y obtendría el imperio universal." Tácito cuenta el mismo hecho, casi con iguales palabras. Según este historiador, "La mayor parte de los judíos estaban convencidos por un óraulo contado en los antiguos libros de sus sacerdotés, de que en aquel tiempo (el tiempo de Vespasiano) prevaleceria el Oriente, y que una saldría de la Judea y reinaria sobre el mundo." Últimamente, hablando Josefo de la ruina de Jerusalem, refiere que los judíos se determinaron principalmente á la revolucion contra los romanos por una oscura profecía, que les anunciaba que lúcia aquella época se levantaría un hombre de entre ellos y dominaría el universo."

En el Nuevo Testamento hay tambien algunos pasajes de esta esperanza extendida entonces por Israel: la multitud que corre al desierto pregunta á san Juan Bautista si es él el gran Mesias, el Cristo de Dios, esperando largo tiempo, y los discípulos de Emaus quedaron llenos de tristezza

1 Véase la nota 41 al fin de la obra.

2 *Percebrunat Oriente toto etas et constanti opinio, esse in fatia, ut eo tempore Judea á profecti rerum patiretur.* Suet. in Vespas.

3 *Pharilus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris continens, eo ipso tempore fore, ut valeceret Oriens profectio Judea, rerum patiretur.* Tacit. hist. lib. V.

4 Aplicable á muchas personas; y por lo mismo los historiadores latinos la atribuyeron á Vespasiano.

5 *Josec. de Bell. Judaic.*, pág. 1283.

cuando reconocieron que Juan no era el hombre que había de rescatar á Israel. Los setenta semanas de Daniel, ó los cuatrocientos y noventa años después de la restauracion del templo, se habian cumplido ya. En fin, Origenes, después de haber referido todas estas tradiciones de los judíos, añade: "que un gran número de ellos confesaron á Jesucristo por el libertador prometido en los profetas."

Entre tanto preparaba el cielo los caminos del Hijo del Hombre. Las naciones desunidas, mucho tiempo habia, en costumbres y gobierno, mantenian enemistades hereditarias; cesa repentinamente el ruido de las armas, y los pueblos reconciliados ó vencidos, vienen á confundirse con el pueblo romano.

Por un lado la religion y las costumbres habian llegado á aquel grado de corrupcion que, produciendo fuertemente las mudanzas por otro los dogmas de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma comenzaban á esparsirse.<sup>2</sup> Abráronse de este modo por todas partes los caminos á la nueva doctrina, y una lengua universal iba á propagarla.

Aquel vasto imperio romano se componia de naciones, unas salvajes, otras cultas, y la mayor parte de ellas degradadísimas: la simplicidad de Cristo para las primeras, sus virtudes morales para las segundas, y para todas su misericordia y su caridad, eran medios de salvacion de que usaba el cielo; medios tan eficaces, que dos siglos después de Jesucristo decia ya Tertuliano á los jueces de Roma: "Nosotros empezamos á existir ayer, y ya lo llenamos todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras campiñas, vuestras colonias, vuestras tribus, vuestras decurias, vuestros consejos, el palacio, el senado, el foro: solo os hemos dejado los templos."<sup>3</sup> *Sola reliquimus templa.*

A la grandeza de los preparativos temporales se juntó el esplendor de los prodigios: los verdaderos oráculos, mucho tiempo habia en Jerusalem, recobraron la voz y las falsas sibilas callaron. Manifestóse una nueva estrella en el Oriente; descendió Gabriel á Maria, y un coro de espíritus bienaventurados cantó por la noche en lo alto de los cielos: *¡Gloria á Dios, paz á los hombres!* Rxtiéndose derepente el rumor de que ha nacido el Salvador en la Judea: ha nacido, sí, mas no entre la púrpura, sino en el humilde asilo de la indigencia; no ha sido anunciado á los grandes y á los soberbios, sino que le revelaron los ángeles á los pequeños y á los sencillos; no ha congregado al rededor de su cuna á los afortunados del mundo, sino á los desgraciados; y por este primer acto de su vida se ha declarado con proferencia el Dios de los miserables.

1 *Orig. cont. Cels.*, pág. 127.

2 Véase la nota 42 al fin de la obra.

3 Tertul. Apologet., cap. 37.